

-No. Yo no iré. Podrán ir los demás. Así fue siempre.

V

Ella había llegado sólo para decirle que no iba a ir, o para decirle que había ido porque no pudo advertirle que no iría. Estaban los dos de pie, mirándose, en el cuarto que había sido siempre la habitación de las mujeres y que sólo se abría, desde cuando no había mujeres en su familia, para limpiarlo y ventilarlo, dejando todo sin mover, las cosas y los muebles como estuvieron siempre, incluso aquel bastidor con asiento donde algo como una flor de grandes pétalos bordada en lana, una flor que nunca nadie había visto ni sabía su nombre, yacía a medio terminar en el lienzo que había perdido la tensión que alguna vez tuvo, amarillento por el polvo acumulado y el tiempo; y se miraban, él la veía y también ella lo veía a él sin haberse puesto de acuerdo para mirarse así, como dos niños temerosos y en silencio y a escondidas y alertas no como dos cazadores sino como dos presas furtivas, estrujándose las manos tal vez, ella sin aún quitarse el sombrero que era como una capelina con sus alas abatidas que le ensombrecían las mejillas calientes y quizá con los labios levemente torcidos por el llanto o por algo que era la represión de un gesto de llanto dichoso, como una debilidad contenida y por un momento en los ojos de los dos apareció el resplandor de una intensa felicidad y la agitación de ambos, juntas, fue como la de los niños que de pronto paran de correr. Él había amanecido allí, en la casa antigua y en aquel cuarto y había visto transcurrir la noche y llegar el día, la media mañana cenicienta a través de los cristales aún con los mismos visillos de cuando había mujeres en la familia, con el alma afligida y dichosa deseando que todo llegara y que pasara y que todo fuera como un episodio de la imaginación al que llamáramos realidad, que todo fuera como la realidad intensa de un sueño de quien ama la vida y que por eso no quiere comenzar a vivir, como una gracia impotente o muerta o paralizante. La atrajo de pronto y quiso acariciarle los cabellos torpemente, pero ella dijo que no estrechándose junto a él. Y él dijo «Nos iremos de aquí. Nos iremos lejos de aquí». Pero ella dijo que no podrían irse de aquí; que nadie puede irse. Ella dijo que todo lo que miraba o tocaba pertenecía a este lugar, sus abuelos, sus padres y las ruinas y todos los que nacieron y están muertos.

—Y los fantasmas —murmuró él—. Vámonos —dijo él y la apartó como para que sus palabras se entendieran mejor—. No es posible vivir en una casa donde aún se mudan las sábanas todas las semanas en las camas donde hace mucho nadie duerme ni dormirá nadie porque todos han muerto.

En ese momento, a lo lejos, dos o más perros comenzaron a reñir, unos perros furiosos y nuevos, sustitutos de los otros, éstos, que no había visto nacer ni crecer. Ella fue a sentarse en el sillón junto al viejo bastidor.

—No —dijo—. No lo miraba, parecía observar algo en el muro empapelado y oscuro del fondo. Uno de los perros, el vencido, comenzó a aullar escapando.

—No —dijo ella—. Nunca llegaríamos a ningún lado.

VI

Únicamente los tres: un hombre enjuto y demasiado parlanchín para este país y él, que apenas había comenzado a tener dos cifras de edad y un padrino sólo para esto, con más un fox terrier indómito y egoísta. El padre le había ordenado a Marcelo, el entenado, que fuera su padrino para esto. Entonces Marcelo lo había observado con sus ojos oscuros y sin brillo, como la superficie de un pozo de aguas densas. El padre nunca puede ser el padrino, había dicho el padre; porque está el padre para todo lo de padre, y ya cuando no lo está, estará el padrino. Y aunque sólo para esto, has de servir. Debes tener cuidado de que no se malogre y que empiece a ser como todos. El deberá hacerse solo. No lo ayudes, sólo debes mirarlo y evitar que haga tonterías. «Nunca lo hice yo», dijo entonces el entenado Marcelo. «No» —había dicho el padre—. Pero él sí.» «Nunca mandó usted que yo lo hiciera entonces». «No —dijo el padre—. Pero él sí. Él es hijo de padre y madre. Ya deberán salir» —agregó—.

Parecía amanecer cuando partieron en aquella camioneta que trepidaba, separados por un padre de por medio, del tiempo en que estos caminos no estaban trazados ni existía siquiera la voluntad o la idea de trazarlos, puesto que entonces como ahora no llegaban a ninguna parte. En aquel momento hacía frío y todo estaba en silencio, como antes. El entenado Marcelo y el otro que iba de chofer hablaban. El chofer era el hombre enjuto, viejo y de talla exigua, que no parecía tan viejo desde muy cerca y que, a cierta distancia, parecía sólo un muchacho envejecido.

Hacia el oeste, en la dirección en que iban, el horizonte ahora abierto y la visibilidad confusa, pero la alta llanura era sólida, pareja y ancha. Cualquier amanecer impone silencio. Pero apenas despuntó el sol, que fue primero como el airón de un gallo o como un brochazo colorado, dijo Marcelo, que iba sentado junto al chofer:

—El viejo hijo de perra sólo nos ha dado tres balas. Lo dijo sin importarle que el muchacho oyera o no. El hombre enjuto no dijo nada pero él sí llevaba su arma, aunque sólo era una francot, con una caja de balas para disparar cuando quisiera a blancos menores o deleznable, aunque no a los caranchos aquí llamados cuervos, en los que no se debe gastar balas ni siquiera para ejercitarse a probar puntería.

Al mediodía acamparon al pie de un chaflán y encendieron una fogata con raíces y ramas secas, no porque sintieran frío o la necesitaran sino para contemplar las llamas. Llevaban ya varias horas de recorrido aunque no en dirección recta sino dando rodeos, impuestos por las dificultades de buscar huellas propicias, por los frecuentes zanjones y barrancos o simplemente por la indiferencia de seguir un rumbo deter-

minado. Unas ráfagas suaves e intermitentes se adelantaban al viento que seguramente comenzaría a soplar luego del mediodía.

—¿Cuando veremos a los...?

—¡No! —dijo Marcelo abruptamente—. No lo digas, no. Nunca antes. Él vendrá solo —agregó—. Él mismo vendrá solo, cuando quiera. Y si no quiere, nunca podrás alcanzarlo.

El hombre enjuto había puesto lo que quedaba de su cigarro entre dos palitos, para fumarlo hasta casi quemarse los labios.

El niño quedó amedrantado por la violenta interrupción del entenado y ya no habló. Sólo miraba el páramo y sentía las suaves ráfagas cada vez menos intermitentes del viento que se anunciaba. Y pensaba en la víspera, en el anochecer y en la noche previa a esa mañana en que el padre había prohibido a las mujeres de la casa que le vieran hasta que regresara cuando debiera regresar, y sólo lo vieron entonces Marcelo y el hombre enjuto y el propio padre, que no dijo una sola palabra y nadie dijo una sola palabra ni el padre salió a despedirlos cuando partieron en la aún oscuridad de esa mañana.

—¿Cuándo vamos a comer? —preguntó el niño mucho después—.

—No vamos a comer —dijo Marcelo— No ahora.

—¿Cuándo?

—Después —dijo el entenado—.

El viento, al cabo de un par de horas, comenzó a soplar levantando remolinos de polvo de un lado a otro, que a poco de formarse se disolvían para renacer a la distancia. Y aunque la luz del sol parecía velada, era el momento de más calor. Fue cuando el hombre enjuto caminó hasta la camioneta en busca de su chaqueta y se la puso, para que el viento no le diera de pleno sobre el cuerpo húmedo por el sudor. «Mis bronquios», dijo cuando regresó abrigado y volvió a sentarse donde había estado. Después agregó, cuando los demás permanecían callados, aunque sólo pensaba o hablaba para sí mismo o a la tierra; aludiendo a la tierra: «El viento la castiga porque ella se da a todos; porque consiente que cualquiera, aún sin amarla, la hienda o la desgare. Por eso el viento ciego y furioso sopla y la corroe hasta dejarla infértil, en puras piedras y arena.

Hacia el atardecer el viento se cohibió y del fogón sólo quedaban ascuas desparpadas. El hombre enjuto que hacía de chofer volvió a hablar:

—Cuando yo era sólo un crío como éste, ya había visto clavar el pico a un hombre. Ya sabes cómo fue.

—¿Crío has dicho?

El otro lo miró y no dijo nada.

—No vuelvas a decir crío —lo miró con violencia mal contenida— Él es mi hermano, no es un crío. —Después dijo: —tampoco sé cómo ha sido.

El hombre enjuto no contestó. Amoscado quizá, no contestó, quedó en silencio.

—¿Usted quiere decir que ya tan temprano mató a un hombre?

—No —dijo el chofer— Nunca he matado a nadie. Sólo he visto morir.

—Yo sólo he visto morir a dos o tres viejos. —dijo Marcelo—.

—Aquí sí —dijo el chofer—. Aquí la gente sólo muere de vejez. Pero no allá.

—¿Allá? —dijo Marcelo.

—Allí, abajo —dijo el chofer enjuto—. Donde hay árboles grandes y tierra verde.

El sol cuyo ojo era del color y del tamaño de un corcho estaba casi a punto de desaparecer en la línea del horizonte, cuando el hombre enjuto, que ya se había quitado otra vez su chaqueta de piel, se puso alerta. Tenía la francot en la mano, agazapado, y preguntó con sus ojos a Marcelo; éste consintió cuando ya la corzuela desaparecía detrás de un peñasco a una treintena de pasos. El hombre, corriendo agazapado fue tras ella y al cabo se escuchó un disparo. El perro lo había precedido. El perro, impaciente, corría hacia la presa y regresaba, rondándola en círculos, sin atreverse a tocarla antes de que llegara el hombre y gimiendo hasta que el hombre llegó y con un cuchillo le cortó los tendones y le abrió el vientre vaciándola. Y el perro, al que le costaba contener, se abalanzó sobre las entrañas palpitantes y tibias, una vez que el hombre, arrastrándola, la trajo casi hasta donde estaban los otros dos.

—Estaba preñada —dijo Marcelo.

—Si lo estaba ya no lo sabremos —dijo el otro.

Él, el niño, permaneció cerca del fogón ya casi apagado, con la cara junto a sus rodillas encogidas.

La noche cubierta de estrellas fue quizá más clara que el anochecer. Los tres fueron en busca de más ramas y raíces con que realimentar el fuego, hasta formar una parral. Luego se cubrieron cada cual con su poncho y durmieron hasta el amanecer del día siguiente.

Pero él no durmió, o sólo dormitaba a intervalos en aquella noche interminable que siempre recordaría. Todo estaba en silencio, sin una voz, sin un rumor, un silencio largo y sin vida tan sólo interrumpido muy de vez en cuando por el crepitar de las ramas en el fogón. Hasta que el sueño finalmente lo venció, muy poco antes de vencer el día.

Fue el último en ponerse de pie, cuando ya el agua oscura del café hervía en el cántaro. Era claro el día y el entonado Marcelo dio la orden de partida. Una pampa dura pero sin accidentes mayores se extendía desde donde iban hasta el horizonte. A poco la claridad se hizo intensa y no había viento, tampoco había remolinos ni polvaredas ni engañosas visiones, sólo la extensión aplanada y uniforme, de un color a esa hora cobrizo o tenuemente agrisado por delante. Antes de ponerse en marcha él dijo que no quería el café, pero Marcelo, que le estaba alcanzando el jarro insistió en que lo tomara.

—Con el estómago vacío se pierde el pulso; debes tomarlo. —Después agregó: —Va a ocurrir ahora. Si uno no tiene algo caliente en las tripas, la punta de la carabina se moverá.

—Este ha dormido por tres —dijo el hombre enjuto, mientras se acomodaba las perneras de los pantalones. —Si no quiere el café, dámelo a mí. —Después agregó: